

jesuitas dejaron en pos de sí un poderoso partido que no perdonaba al ministro su expulsion, y así fué que emplearon todos los medios imaginables para perderle. La presencia en Versalles de la condesa Dubarry, que habia sucedido á la Pompadour, muerta en 1764, ofendió al ministro, porque era una mancha en la córte, y no quiso doblegarse ante aquella mujer; pero esta influyó en el rey, y en 1770 el duque de Choiseul fué desterrado.

En todo aquel siglo habian dado los Parlamentos repetidas pruebas de oposicion contra la córte y contra las pretensiones ultramontanas. Sus debates con el clero, relativamente á la bula *Unigenitus*, que condenaba á los jansenistas y que los Parlamentos desechaban, se prolongaron por espacio de muchos años, y el rey, á quien disgustaba sobremanera aquella hostilidad, les impuso silencio, y viendo que no cedian pronunció su destierro en 1753. Todos volvieron mas firmes que nunca. El proceso de los jesuitas reanimó la cuestion, y por fin estalló la lucha sobre otro proceso instruido contra el duque de Aiguillon en 1770. El rey pidió solemnemente la causa, y los magistrados suspendieron la administracion de justicia. « Parece que se proponen tener á la corona en la cárcel, » dijo el rey; y dió al duque de Aiguillon el puesto de Choiseul, en tanto que el canceller Maupeou suprimió los Parlamentos, que reemplazó con nuevos tribunales de justicia. Grave fué el suceso. Richelieu y Luis XIV habian destruido la importancia política de la nobleza: si Luis XV destruia ahora el gran cuerpo de la magistratura, ¿qué quedaba para apuntalar el vetusto edificio y para cubrir al monarca?

Y á todo esto el soberano se cubre de ignominia. En 1773 Austria, Prusia y Rusia se reparten la Polonia, sin que la Francia se oponga en lo mas mínimo á aquella ejecucion de todo un pueblo; en 1767 la asociacion llamada *Pacto del hambre*, renueva su arriendo monopolizando los granos y da origen á las hambres artificiales de 1768 y 1769¹;

1. Luis XV era accionista de esta monstruosa sociedad y especulaba sobre los trigos y sobre el hambre para resarcirse de lo que le costaban sus livianos placeres.

las cédulas de prision se multiplican espantosamente, con lo cual la libertad de los ciudadanos se halla entregada á los ricos ó á los poderosos que tienen que satisfacer pasiones ó venganzas; finalmente, el abate Terray descubre el remedio radical de la bancarrota para reducir la deuda del Estado, y al clamor general contesta diciendo: « El rey es el amo, y la necesidad lo justifica todo. » Y sin embargo, quedaba un déficit anual de 41 millones, aunque desde 1715 los impuestos habian subido de 165 millones á 365. Luis XV veia que se preparaba una expiacion terrible; pero se consolaba exclamando: « Esto ya durará tanto como yo; mi sucesor se arreglará como pueda. »

**Reformas planteadas y luego abandonadas por Luis XVI
(1774-1789).**

El sucesor, de 20 años de edad, era hijo del Delfin, y por lo tanto nieto de Luis XV, príncipe de buenas costumbres, de cortos alcances, tímido de carácter y de palabra, amante del bien, aunque desgraciadamente no sabia imponer su voluntad á sus cortesanos. Lo primero que hizo fué perdonar al pueblo el don de feliz advenimiento; reformó la ley que hacia solidarios á los hacendados del pago de la contribucion, y llamó al Parlamento para dar un principio de satisfaccion á la opinion pública. Si es verdad que confió un ministerio al anciano y fútil Maurepas, tambien lo es que reemplazó á Maupeou y á Terray con Malesherbes, quien desde el año 1771 pedia que se convocaran los Estados generales, y con Turgot, hombre superior, el único de aquella época que habria podido prevenir la revolucion haciéndola y dirigiéndola. Posteriormente dió el rey el ministerio de la Guerra á otro hombre de bien, el conde de Saint-Germain, que queria reorganizar el ejército, como querian sus colegas reorganizar la hacienda y la administracion, y que sin el don de la ejecucion, perjudicó á la causa general de la reforma, no obstante sus buenas ideas.

Turgot habria deseado aplicar todo su vasto plan; pero la oposicion con que tropezó á los primeros pasos le obligó

á proceder con lentitud, y hubo de limitarse por el pronto á lo mas urgente, autorizando la libre circulacion de granos en todo el reino. Ahora bien, sus enemigos se apresuraron á decir que iban á permitir la exportacion; el pueblo temió el hambre, estallaron motines en los campos y luego hasta en Versalles y Paris, y fué preciso hacer uso de la fuerza (mayo de 1775). A esta explosion sucedió otra mas violenta todavía cuando el rey adoptó el proyecto de Turgot para reemplazar el servicio corporal por un impuesto que pagarían los propietarios; y, por último, se aumentó mas y mas el número de sus enemigos con la abolicion de los gremios, lo cual equivalía á introducir la libertad en la industria, como habia querido introducirla en el comercio.

Maurepas, que era el ministro principal, minaba sordamente su crédito cerca del rey, y la reina atacaba tambien á un interventor general que no hablaba mas que de economías. Malesherbes, perseguido igualmente por las iras de los privilegiados, flaqueó el primero y dió su dimision, en tanto que Turgot, hombre de mas temple, esperaba que le despidieran; y, efectivamente, el 12 de mayo de 1776 recibió orden de salir del ministerio. Voltaire le dedicó la *Epístola á un hombre*, y Andrés Chenier le celebró en su *Himno á la Francia*. A los cuatro meses obtuvieron los privilegiados que restableciese el rey el servicio corporal y los gremios.

Estaba á punto de comenzar la guerra de América, y el gobierno, para hacer frente á los nuevos gastos, acudió al famoso banquero ginebrino Necker, á quien no pudo dar mas que el título de director de hacienda (octubre de 1776) porque era extranjero y protestante. Por espacio de 5 años Necker logró dominar una situacion erizada de dificultades por el carácter envidioso y mezquino de Maurepas, la indolencia del rey y la codicia de los cortesanos. Tenia que cubrir el déficit, que, aunque disminuido por Turgot, era grande todavía; que atender á los gastos de la guerra de América y á los de una córte plagada de oficiales y criados de todo género, y lo consiguió sin aumentar los impuestos y sin economizar mucho sobre la córte, gracias á la reduc-

cion en el coste de las recaudaciones, á varias reformas útiles y á 400 millones de préstamos que constituyó, en su mayor parte, en rentas vitalicias. Nada mejor que apelar al crédito público; pero tomaba dinero á título oneroso, con lo cual aplazaba la dificultad en vez de resolverla, y sucedió que el abismo se abrió mas y mas con la administracion de un entendido y honrado banquero, no de un gran ministro. Necker contaba con la paz, con el porvenir, para restablecer el equilibrio en la hacienda; pero ¿quién es dueño del porvenir?

Cayó dos años antes del fin de la guerra, y fué por su famoso escrito el *Estado de la hacienda* publicado en 1781, que hizo tanto ruido, aunque era incompleto, pues se referia solo á los ingresos y gastos ordinarios; no hablaba de los empréstitos, ni de los gastos de la guerra, y los ingresos aparecian en el cuadro con una ventaja de 10 millones. Satisfecho el público porque levantaban algo del tupido velo que ocultaba la situacion, recibió el escrito con inmenso aplauso y los capitalistas prestaron al ministro 236 millones; pero la córte vió con malos ojos semejante publicacion dirigida á todo el mundo. Con efecto, si penetraba luz en la gestion financiera, ¿qué seria de las pensiones y de toda la rapiña de costumbre? Luis XVI cedió de nuevo al clamor de la córte, Necker perdió la paciencia, presentó su dimision y fué aceptada el 24 de mayo de 1781. Además de sus reformas rentísticas, debemos señalar algunos actos muy honrosos de su administracion: Necker libertó á los siervos del real patrimonio, destruyó el *derecho de persecucion* que entregaba al señor todos los bienes que su siervo fugitivo adquiria en pais extranjero y abolió el *tormento preparatorio*.

En la guerra de América (1778-1783), Francia contribuyó á que un pueblo nuevo se conquistara un lugar entre las naciones. Con los subsidios que dió á la Suecia, con sus declaraciones categóricas en favor de Gustavo III, contuvo la desenfrenada ambicion de la Prusia y de la Rusia; en tanto que por otra parte salvó á la Baviera de los ataques del Austria, y evitó al Imperio una guerra entre las dos

grandes potencias alemanas, haciendo que el Austria y la Prusia aceptaran en el congreso de Teschen (1779) su mediación y la de Rusia. Su diplomacia era pues, no menos afortunada que sus armas.

Empero la victoria cuesta mucho y la gestión de la hacienda había caído en manos del inepto Joly de Fleury, y luego en las del pródigo Calonne, que en tres años y en tiempo de paz tomó 500 millones prestados. Así se agravó la situación en vez de mejorarse y llegó el día en que fué preciso descubrirlo todo al rey. Entonces el pródigo se hizo reformador, y formó un plan con las ideas de sus antecesores, esto es, propuso que los privilegiados pagasen el impuesto y una subvención territorial, que se establecieran asambleas provinciales, que se disminuyese la talla, que se declarase libre el comercio de granos, etc. El 22 de febrero de 1787 se reunió una asamblea de notables que juzgó muy mal aquellos planes, y en su vista Calonne cayó, y siguió existente el déficit.

El sucesor de Calonne fué Brienne, arzobispo de Tolosa, brillante ambicioso que mezclaba los asuntos públicos con los placeres, y sin las aptitudes especiales que el caso requería. El Parlamento se niega á registrar los edictos relativos á nuevos impuestos, y declara que solo los diputados de la nación tienen facultad para sancionar las contribuciones. Luis XVI se muestra hostil al Parlamento y le destierra, sobre lo cual estallan motines en todas partes. Brienne, en tan grave apuro, congrega los Estados generales para el 1º de mayo de 1789; y otra asamblea de notables llamada á decidir cuál sería la representación de la nobleza, del clero y del estado medio, se pronuncia por la igualdad numérica de las tres clases. Equivalía á dar la mayoría á las dos clases privilegiadas. La opinión pública se indigna y Necker, nombrado de nuevo ministro de Hacienda, logra decidir al rey á que declare que el número de diputados del estado medio sería igual al de los otros dos brazos. Así comenzó la revolución francesa (1789).

Resumiendo el contenido de este capítulo vemos que, bajo la presión de las ideas francesas, se había extendido

por las naciones europeas el espíritu de reforma. Los soberanos se ponen espontáneamente á la cabeza del movimiento: quieren suprimir abusos, quitar privilegios y mejorar el estado de sus gobernados; pero sus reformas puramente materiales y que tienden más á aumentar las rentas y la fuerza de los reyes que á levantar el nivel moral y la condición política de los súbditos, son impotentes en la mayor parte de los Estados, porque los gobiernos no piensan en reformarse á sí mismos, y porque faltando buenas instituciones, todo depende aun del azar del nacimiento en las familias reales, que puede transmitir el poder absoluto de manos de un príncipe inteligente á las de un príncipe incapaz. España vuelve á caer con Carlos IV y Godoy casi tanto como cayó con Carlos II. En Nápoles florece de nuevo el tiempo de los lazzaroni con la reina Carolina y su ministro Acton; José II agita el Austria y no la regenera. Ya sabemos lo que pensaba Catalina II de las reformas en su pueblo. Solo en Prusia un hombre eminente hace grandes cosas; y en Francia, como no consiguen hacerlas algunos buenos ministros, la nación toma á su cargo esta tarea.

FIN.